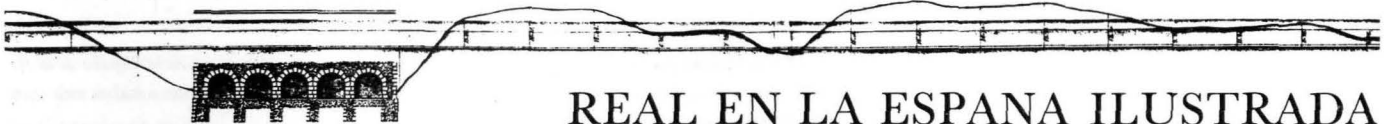


Carlos SAMBRICIO

LA ORDENACION DEL TERRITORIO COMO UTOPIA



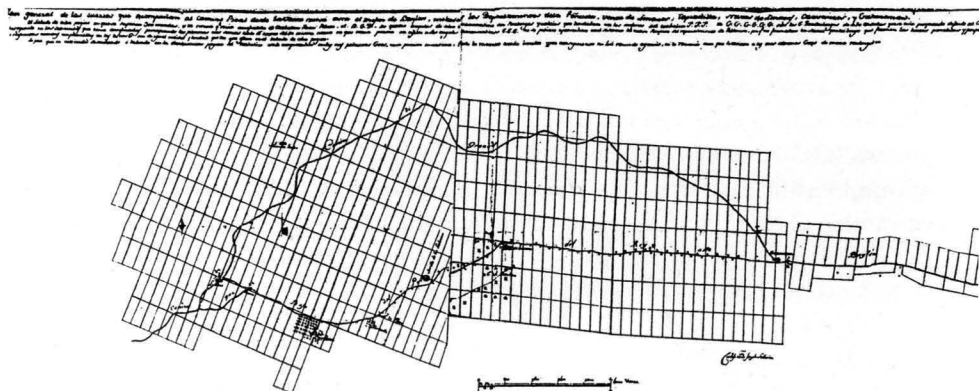
REAL EN LA ESPANA ILUSTRADA

El presente trabajo forma parte de una amplia investigación sobre el «*Urbanismo en la España de la Razon*» realizada por el Insituto del MOPU y se publica ahora, parcialmente, gracias a haber sido gentilmente cedido por éste para la presente Exposición.

«NEWTON

describió el país descubierto por Descartes» había señalado Turgot al comentar el alcance de la Razón en la segunda mitad del XVIII¹ y nosotros podemos añadir como algunos —ante la nueva imagen— intentaron establecer, desde la arquitectura, el modo que permitiese al hombre «... *ser amo de la naturaleza en la práctica*». Al estudiar el origen de la idea urbana de la Ilustración vemos como, en la pretensión de remediar los «*males de España*», hubo quienes ofrecieron soluciones concretas —opciones deductivas basadas en el método de Descartes— a problemas específicos, al reflejar en la literatura política proyectos de reforma de distinta índoles. A menudo sus autores eran funcionarios o empleados de la propia Administración, conocedores de sus defectos o torpezas; quienes formulaban propuestas sobre el modo de solventarlas gracias a datos o fuentes documentales de la propia Administración, cuando no reflejaban en sus escritos opiniones ya existentes. Autores de un género concreto, el del proyectismo², sus *Advertencias*, *Apuntes*, *Diseños*, *Manifiestos*, *Medios*, *Memorias*, *Observaciones*, *Planes*, *Política*, *Reflexiones*, *Proporciones*, *Proyectos*, *Remedios*, *Reformas*, *Síntesis*, *Teorías* o *Tratados* apenas ofrecen elementos de interés al estudioso del hecho urbano puesto que sólo en contadas ocasiones comentan el cambio que se debía producir en la arquitectura o definían la necesidad de un espacio urbano acorde a los nuevos servicios y funciones. Pero frente a la labor que éstos desarrollaron, también hubo otro esquema, basado en la opción experimental, que enfrentó los problemas de España a una visión más global, más total, a partir de la cual las soluciones implicaban una distinta imagen de ciudad, así como otra valoración de la idea de territorio.

Indiferentes a las reformas abstractas, los tratadistas se enfrentaron a problemas tan específicos como eran la circulación de dinero, el establecimiento de la red de caminos, el tráfico de trigo o la colonización de amplias zonas del país que permitiesen incrementar las tierras cultivadas creándose nuevos mercados y facilitando el tráfico de la moneda. Aparecía así, invariablemente en estos textos,



Definición de las «suertes» del camino Real desde Venta Nueva al mojón de Bailén, 1769.

la figura de un núcleo urbano —o de un conjunto arquitectónico— como parte de la solución al problema, y si bien no se detallaba su trazado formal sí, por el contrario, se especificaba claramente el programa de necesidades que ésta debía cumplir. De este modo, y puesto que la preocupación fundamental era fomentar la riqueza de la nación, el espíritu que planteaba la necesidad de incrementar el número de fábricas implicaba el análisis de su ubicación, atendiendo a las diferencias específicas que caracterizaban cada proyecto, según fuese su función. De este modo, a la vista de la política que pretende potenciar el comercio existente en ciudades o puertos, y ante el problema que supone definir el tipo de viviendas que se deben construir en las zonas hasta entonces abandonadas (y que ahora se quiere colonizar), se inicia una discusión entre los ingenieros militares —auténticos artífices del cambio— sobre la configuración morfológica de las ciudades, sobre el trazado de los nuevos puertos (y atarazanas), sobre los canales, fábricas, molinos o posadas..., iniciándose también una discusión sobre el concepto de ciudad y sobre la imagen de la misma, de manera que las propuestas barrocas para núcleos urbanos de nueva fundación —definidas sólo pocos años antes— aparecían ya como obsoletas y alejadas de cualquier posibilidad de edificación que no supusiese un cambio total.

Sucedió sin embargo que algunos, en su deseo por remediar la situación económica fomentando la riqueza de las naciones, confundieron el cambio que debía producirse en la imagen urbana con un retomar al mito de la comunidad ideal, y sabemos que hubo quienes, en la segunda mitad del siglo XVIII, repitieron esquemas esbozados en los primeros años del siglo por los partidarios de la libertad comunitaria trazando la imagen del sueño tanto tiempo mantenido por el hombre sin comprender que la visión de la utopía significaba —en su concepto barroco— un ideal superado por el tiempo. Concibieron relatos novelados y dictaron escritos sobre un pasado donde el Estado —que todavía no había adquirido el Poder que define los primeros años de la segunda mitad del siglo XVI

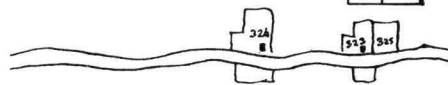
Testigos de cómo la idea de Estado ha sido identificado a la de Ciudad, la única forma de escapar a tal situación consistía —en su opinión— en organizar una sociedad donde un cambio en las leyes pudiese modificar las relaciones entre las personas. «*La multitud así unida en una persona se denomina Estado, en latín Civitas. Esta es la generación de aquél, al cual debemos... nuestra paz y defensa*»⁴. Enfrentados no sólo a las leyes sino a un concepto —el de «Ciudad»— que significa el sometimiento a las mismas, la utopía tardo barroca acepta, sorprendentemente, elementos de la Razón ilustrada, de forma que frente a una reacción de la «Ciudad» se manifiesta también la confianza sobre la capacidad del hombre para organizar colectivamente su felicidad.

Diferentes sus propuestas a aquellas utopías pesimistas del XVIII (donde el sueño establecía una marginación ideal de la sociedad, creando núcleos aislados y perdidos en el territorio) la propuesta tardo barroca duda sobre la confianza que le merece el hombre y, en este sentido, lejos de valorarle como ser capaz de razonar —y por lo tanto, de superar el miedo a los viejos mitos— duda sobre el comportamiento individual del mismo, estableciendo entonces normas estrictas de comportamiento. Para estos autores, el sueño comunitario surge del enfrentamiento de dos enemigos: del Estado —Ciudad y de forma sorprendente, al propio individuo. La respuesta al primero es el establecimiento de un núcleo ajeno a las tensiones existentes en el Estado; frente al segundo, la definición de normas de comportamiento social y jerárquico que imposibiliten el desarrollo de la Razón.

No advierten estas propuestas que, a comienzos de la segunda mitad del siglo XVIII, es el propio Estado quien propone otra utopía donde la preocupación fundamental no se centra en la dignidad del individuo —en su independencia— sino en el intento por establecer un nuevo orden económico basado en la riqueza a las naciones. Por ello, diferenciándose tanto del sueño que formula el Estado como de la comunidad ideal que surge frente a «*Leviatan*», se formula la propuesta de una comunidad consistente no en una población concreta —la ciudad perdida que se identificaba con el reducto de aquellos pocos felices que habían podido huir de la estructura barroca— sino en la definición de un nuevo orden nuevo sobre una Nación o un Estado. La diferencia es notable: frente al núcleo aislado, ahora se propone un amplio territorio con una estructura de poder alternativa a la existente. Negando de ese modo la identificación Estado-Ciudad, el tema

Plan del primer Departamento.

£.	£.	£.	£.	£.	£.	£.	£.	£.	£.
11.	10.	9.	8.	7.	6.	5.	4.	3.	2.
232.	240.	241.	242.	243.	244.	245.	246.	247.	oli- var.
£.	£.	£.	£.	£.	£.	£.	£.
258.	259.	260.	261.	262.	263.	264.	265.	266.	267.
					£.	£.	£.	£.	£.



Definición de las «suertes» en el primer Departamento de Peñuelas. S.f.

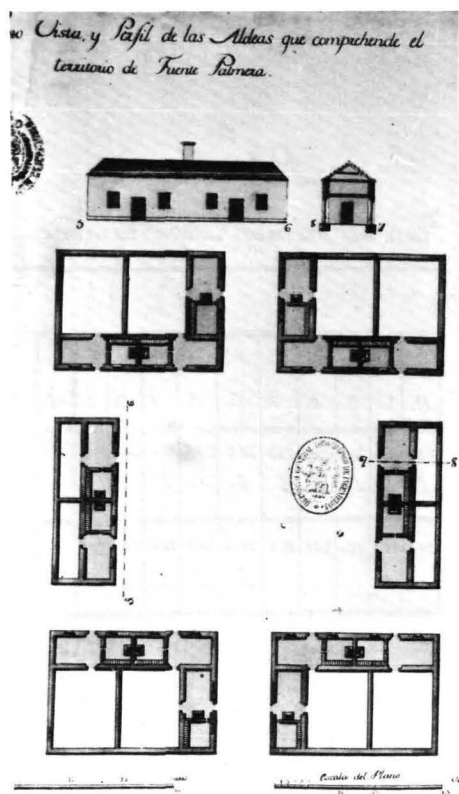
central radica en demostrar como la jerarquía urbana puede evolucionar: es cierto que también ahora se describen ciudades trazados a cordel, de planta regular; pero paralelamente existe una visión del territorio, del espacio, como nunca hasta el momento se había imaginado. Y si, por ejemplo, comparamos los proyectos formulados en la romana Academia de San Luca, en los Concursos Clementinos de 1732⁵, con las propuestas de los autores de estas utopías vemos con sorpresa como la característica fundamental radica en el cambio de programa existente: frente a pequeñas ciudades —puerto se oponen, veinte años más tarde, proyectos sobre grandes territorios donde del mismo modo se valoran las provincias, los distritos o las grandes, medias y pequeñas ciudades⁶ dado que ahora el sueño no define una comunidad aislada sino, y por encima de todo, determina las relaciones que debe de existir en el seno del propio Estado.

El deseo, pues de estos proyectistas tardo barrocos será el de reorganizar el propio Estado, definiendo el modo en que deben comportarse los individuos, pero sin entrar en discusión sobre la política económica que deberá llevarse a cabo. Proponer entonces, como principales virtudes, el orden y la simetría de forma que la voluntad de aplicar el espíritu geométrico se observe no sólo en el trazado de la ciudad sino, y sobre todo, en la rígida reglamentación que se impone a los individuos de estas comunidades.

También hubo en España quien soñó con ofrecer un modelo distinto a las reformas esbozadas por los proyectistas y propuso, para ello, un modelo de sociedad. En este sentido el texto de «Sinapia»⁶ encontrado recientemente en el Archivo de Campomanes⁷ es claro: aparentemente consiste en la descripción de un remoto país y reseña, de este modo, su organización. En realidad no es difícil advertir que la propuesta se refiere a una España imaginaria, opuesta a la España real (descrita como «una península en Tierra Austral») y a sus problemas sociales, económicas, políticos, religiosos o culturales.

Desde el inicio la descripción que se ofrece de «Sinapia» —estudiada por el profesor Miguel Avilés⁸— choca con la tradicional organización de un país puesto que, se señala, la península queda dividida «... a escuadra y cordel en nueve cuadrados iguales, correspondientes a las nueve provincias de «Sinapia» para añadir, a continuación, » «... cada provincia se divide en cuarenta y nueve cuadrados menores, correspondientes a los cuadrados de otras tantas ciudades. A su vez cada uno de estos distritos se dividen en otros cuarenta y nueve circunscripciones, también cuadradas: son el territorio de las villas»⁹.

Es evidente que, para su autor, la ley natural es el soporte sobre el cual se argumenta y establece el orden en la sociedad: tomándola como substrato, la imagen que propone es la de una sociedad justa, donde la división en cuadrados se identifica a la perfección del hombre tal cual nace en la naturaleza, y la idea del individuo libre de convenciones de orden social define un entorno donde ahora su libertad y su independencia le pertenecen. Al plantear como la naturaleza es «... una, constante e invariable»¹⁰, las ciudades que se establecen no presentan diferencias entre sí puesto que basada la sociedad en la Verdad, si bien puede ocurrir que «el hombre aban-



Plano y vista de la aldea de Fuente Palmero. Simón Desnaux. S.f.



Plano de la Nueva Población de San Carlos.
Vicente Imperial Diguery, 1788.

done la verdad» —en cuyo caso podría definir diferentes entornos— lo que puede suceder es que existan varios modelos de ciudades perfectas puesto que «*aún así está* —la verdad— *no sucumbirá*».

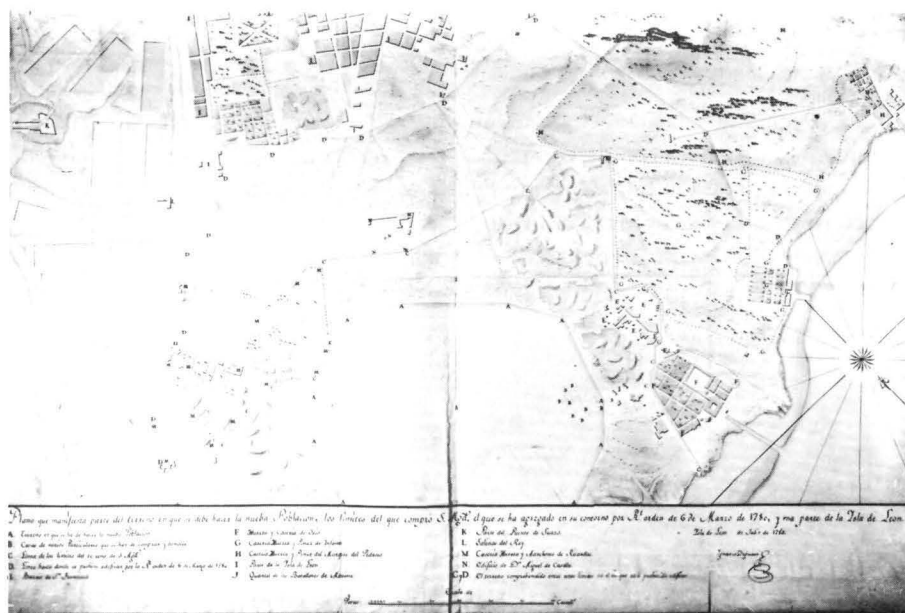
¿Cómo se explica entonces tal aparente contradicción? Según el autor de «*Sinapia*», en el país existen dos tipos de comunidades —y así se describen— que tienen su origen en dos tipos de actividades diferentes. Existe entonces una sola verdad, pero dos funciones distintas generan dos tipos de espacios: por una parte se define la ciudad, el núcleo urbano, donde se fomenta el estudio de los oficios entre los jóvenes y, paralelamente, existe un tipo de organización rural donde la agricultura y el campo son los elementos que regulan la vida ¹¹. De cualquier forma —y aún cuando apenas existan diferencias en el planteamiento de una y otra— la comunidad definida debe ser, económicamente, autosuficiente, generando riqueza desde su propio entorno. No se concibe, pues, en el texto de «*Sinapia*», que el territorio sea un valor definido por la economía o por el análisis específico de la red de transportes sino que, por el contrario, se minimiza frente a la ciudad de forma que al efectuar la extraña división de nueve grandes cuadrados, a cada una de las parcelas le corresponde una gran ciudad. Resulta de este modo que al no concederse al territorio un valor funcional —resultado de la especificidad del comercio que en él puede desarrollarse— cada una de las partes resultantes de

la división es idéntica a las restantes y, a su vez, esta idea se repite al hablar no sólo de los núcleos capitales de cada una de las nuevas parcelas sino que incluso le sirve para identificar la estructura de las ciudades grandes —Corte o metrópoli— con las medias —villas— o pequeñas —aldeas— «...*Quien ha visto una villa, las ha visto todas, pues todas son iguales y semejantes; y quien ha visto éstas ha visto las ciudades, las metrópolis y la Corte misma, pues sólo se diferencian en el número de barrios, en la mejoría de los materiales y en la dignidad de los edificios públicos: y en todo lo demás son uniformes*»¹².

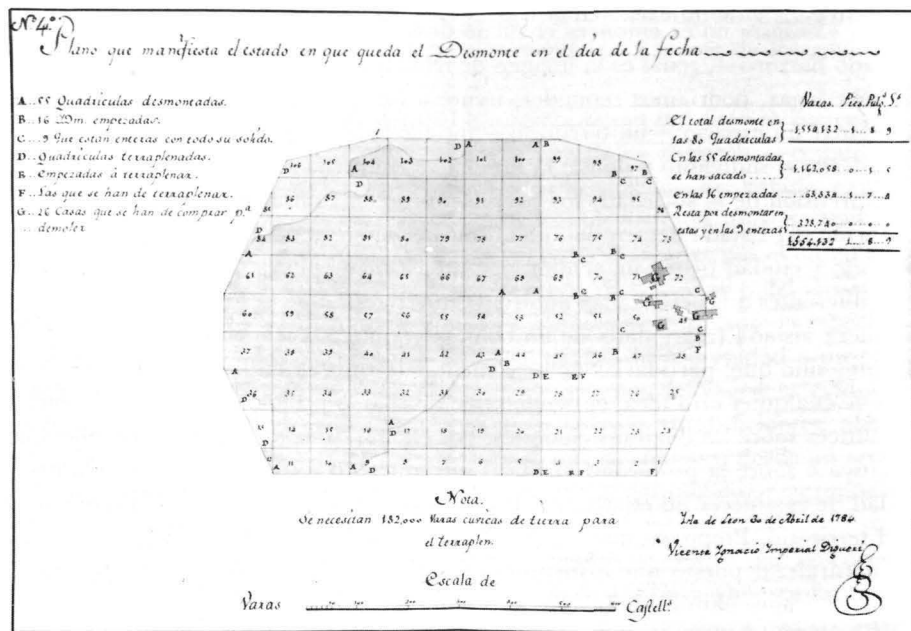
El anónimo autor de «*Sinapia*» centra su proyecto en varios puntos: por una parte, entiende su propuesta como reacción frente a la ciudad barroca, pero es igualmente cierto que su argumentación es clave para definir el sentido del hombre como pieza básica en la organización de la sociedad. Da, de este modo, primero a la familia, luego al clan y por último a la ciudad, una función y un rol que recuerda la forma de plantear la ciudad que en la primera mitad del siglo, ha definido Morelly en su propuesta del «*Code de la Nature*»¹³. Fijando, en cada plano de la organización, la existencia de un responsable que se denomina Jefe de familia, Jefe de Trabajo y Jefe de Salud, es evidente que la familia cobra ahora un especial sentido que convierte la vivienda en célula organizativa sobre la cual define la división político-administrativa de la península, puesto que la casa de familia, el barrio o cuartel, la villa, la ciudad, la metrópoli y la Corte no son sino consecuencia de una primera reflexión.

Extrañamente no existe en el texto descripción alguna de la vivienda rural o urbana y este contrasentido solo se explica, en mi opinión, si entendemos que para el autor el tema es secundario frente a la idea central. Figuran, sí, algunos breves comentarios sobre la casa descrita por Vitrubio, señalándose la conveniencia de establecer a ella un patio interior entronco al cual pudiera reunirse la familia, apuntando además la conveniencia de ordenar un pórtico que marque la dependencia de la vivienda respecto a la ciudad. Pero al igual que la ciudad (donde establecía que todas debían de ser de igual trazado y tamaño) también en la vivienda define un tipo único e independiente del lugar donde se conciban, precisando sólo que «... *las casas unidas deben formar barrios*» y que «... *el barrio es un cuadrado o isla de casas unidas que contiene diez casas o familias particulares y una del padre del barrio. Estas casas estarán dispuestas en dos caras opuestas y entre ellas media un jardín*»¹⁴. La unión de diez casas configuran el barrio por lo mismo, que la reunión de varios barrios definen la ciudad: y poco importa que se trate de un núcleo urbano o que se refiere al núcleo rural porque las viviendas situadas en zonas rurales se organizaran igual que las urbanas, pero gozando, además de «... *un pórtico y galería en la fachada que mira a la Campiña*».

La villa, elemento mínimo de organización comunal es «... *una población cuadrado, cercada con su foro y compuestas de ocho barrios y cuatro casas de común. Sus calles son a cordel... y en medio tiene su plaza cuadrada y en el centro el templo*» y las ciudades son, igualmente «... *poblaciones cuadradas con sus murallas y foro, compuestas de barrios al modo de*



Plano de la Nueva Población de San Carlos. Ignacio Diguery, 1780.



Plano de la Nueva Población de San Carlos. Ignacio Diguery, 1784.

las villas, divididas en parroquias y en cada una de ellas su templo ... No puede —la ciudad— exceder el número de familias en 1.200, fuera de los magistrados de parroquias y ciudad, estudiante y esclavos públicos»¹⁵. No existen pues, en «*Sinapia*», diferencias entre la idea de ciudad y la imagen que se propone de Metròpoli, puesto que sólo un incremento en la dotación de equipamientos caracteriza a la segunda, señalando así su proximidad a la estructura de Poder, del mismo modo que los matices que caracterizan a la Corte frente a la Metròpoli son de igual naturaleza: en la primera reside el Príncipe, el Senado y el Arzobispo, además de los Embajadores y jubilados, mientras que en la segunda sólo radican el Obispo y los Magistrados provinciales.

La comunidad enunciada centra su organización en el equilibrio entre el Poder y su violencia, puesto que el dirigismo que antes mencionábamos aparece latente aunque rechazando, al tiempo, «*la doctrina del cuerpo artificial que es el Estado*»¹⁶.

El modelo de «*Sinapia*» es coherente con la propuesta esbozada por los socialistas franceses a la mitad del XVIII, pero es contraria a la preocupación ilustrada por definir un nuevo modelo de riqueza. Ajenos, por tanto, a polémicas sobre su autor o sobre la fecha de su redacción, sí resulta evidente, en mi oponión, un hecho: «*Sinapia*» no corresponde, como algunos han dicho, a una utopía ilustrada sino que refleja, por el contrario, todas las inquietudes tardobarrocas que caracterizan a la primera mitad del siglo XVIII.

Si «*Sinapia*» no es entonces el sueño de la Razón —y sí la reacción frente al Estado barroco—, ¿cuál es la imagen de felicidad añorada por los ilustrados? En primer lugar, podríamos reponder, frente a los que defendían la posibilidad de imaginar un espacio —un territorio— indiferenciado (donde la ciudad se concebía desde el individuo y donde la familia se convertía en elemento clave para la comprensión de la sociedad) los partidarios de un cambio posibilista en la organización del Estado desarrollan una óptica económica donde los conceptos de territorio y ciudad tienen un sentido distinto. Parten, en sus reflexiones, de imágenes diferentes a las esbozadas anteriormente puesto que la utopía ahora no es ya la pieza aislada (marginada de un contexto político o económicamente autosuficiente) sino que, partidarios de incrementar la riqueza en las naciones por encima de cualquier otra idea, entienden que no sólo es posible establecer diferencias y matices sobre las distintas ciudades. Por ello, argumentando sobre la soberanía política o sobre la propiedad jurídica, introducen como concepto nuevo la necesidad de establecer un espacio del Poder, definido desde la utilización económica del territorio. Proponen una visión con la intención de ordenar, de actuar sobre la naturaleza, puesto que a menudo la necesidad de establecer o desarrollar el comercio, agricultura o industria, precisan de condiciones que no corresponde al terreno: y de esta forma los ambiciosos proyectos de utopía que ahora se conciben tienen como ideal fomentar la riqueza (favorecer el tráfico de la moneda) para lo cual se recurrirá a las dos ideas ya enunciadas: conquistar las amplias



Nava del Rey y su entorno, 1771(?).



Commencé par Roubaix

Observé à l'eau forte par Roubaix

Terminé par Roubaix

Vista de una parte del puerto de BARCELONA tomada de Barceloneta.

Vue d'une partie du Port de BARCELONE prise de Barcelonete

View of part of the port of BARCELONA taken from the point of Barcelonete

zonas abandonadas, colonizándolas y creando nuevos mercados, y fomentar la construcción de obras públicas —caminos y canales— a través de los cuales se favorezca el tráfico de riqueza.

Es evidente que el ideal utópico de la segunda mitad del siglo se enfrente al existente años antes: lejos ya de crear —como sucedía en «Sinapia»— comunidades de nuevo tipo, donde solo preocupaba huir de la violencia del Estado, es ahora cuando conceptos tales como indiferenciación entre distintos tipos de comunidades o la definición de un programa de necesidades marcadas por el orden económico supone un cambio fundamental, en la visión de la ciudad o del territorio, puesto que implica la gran idea que preside el urbanismo ilustrado: la especialización del espacio y la subordinación de cada núcleo de comunidad a un gran programa general. La diferencia con los núcleos urbanos de Sinapia es evidente: si en aquella todas las ciudades eran iguales, y además autosuficientes, ahora, por el contrario, ninguna ciudad lo será (puesto que se conciben desde un ambicioso proyecto de economía política) y, a la vista del programa que determine su función, todas tendrán distinto trazado y tamaño.

Queda claro que a partir de 1750 surge una imagen de ciudad que no corresponde a la visión abstracta que establecía el mundo barroco. De esta forma, y dejando a un lado los ideales soñados que no son ya sino reacción a una sociedad superada, el problema que esbozan los arbitristas y teóricos de la nueva economía, consiste en definir la idea de territorio como unidad de orden administrativo

Vista del puerto de Barcelona desde la Barceloneta.

Vista de la nueva Poblacion de las Aguilas por el lado de Poniente.



- | | | | |
|-----------------------------------|---------------------------|----------------------|-------------------------------------|
| A. Castillo de San Juan. | EE. Calle del Rey Carlos. | Y. Carga de Guardia. | MM. Campo de Vista. |
| B. Puerta de San Pedro. | FF. Calle de Loma. | Z. Hermita. | X. Nueva Puerta. |
| C. Puerta del Barrio de Poniente. | G. Calle de Ciudad. | K. Almacén. | O. Muro para defender la Poblacion. |
| D. Monte de las Aguilas. | H. Plaza pública. | L. Casas. | P. Calle que se está demoliendo. |



y económico, entendiendo que los poblados que se conciban o las ciudades existentes en él son parte de un proyecto general por lo que, como he señalado, en el caso de no existir un poblado u otro elemento necesario para la configuración de la idea, el territorio correría el riesgo de ser «incompleto» o «insuficiente». La idea de dividir el país en una cuadrícula, tal y como ocurría en *Sinapia*, asignando a cada parcela un número arbitrario de núcleos y de población y estableciendo la fundación de cada uno de ellos en lugares indiferenciados, resulta contraria al idea que ahora se formula puesto que el analista que elabora el proyecto inicia su actividad estudiando la localización de los hombres, la conveniencia de ocupar zonas despobladas o desérticas, interesándose por los circuitos económicos existentes entre el campo y la ciudad..., y a la vista de estos datos, formula el sentido de su proyecto. Consciente que el espíritu de su tiempo señala como determinante para la prosperidad de un país el aumento en el número de habitantes del mismo y sabedor, además, de la necesidad de incrementar los puntos de comercio y mercado como forma de agilizar el tráfico del dinero, desde 1750 surgen proyectos de conquistar el territorio (tanto con la colonización como con la creación de una amplia red de trasnportes) que tienen su origen en reflexiones sobre «... el perpetuo oscilar de las riquezas entre las distintas áreas» puesto que «... equilibrio y armonía son siempre fruto de la libertad».

Enfrentándose a los que proponen que un idéntico número de individuos ocupen las diferentes provincias surgidas de la división basada en la cuadrícula, los textos económicos del XVIII adoptan una postura poblacionista ajustándola, en cada caso, a los problemas específicos de cada zona. Conscientes que sólo la tierra es productiva, el hombre puede entonces ayudarla (con la agricultura), transformar su producción (con el trabajo industrial) o aprovecharla (con el comercio): en cada caso se plantea un espacio distinto —resultado de un programa distintos— y, como consecuencia de ello, la propuesta de comunidad que se establece condiciona y determina tanto su trazado como el tamaño. Opuestos —insistió— a que «todas las ciudades son iguales...» ya no se plantea del mismo modo la aldea en la zona agrícola de colonización que la población proyectada para mercado, del mismo modo que para los núcleos concebidos desde la referencia industrial se precisa de un sistema de comunicación importante. De este modo se inicia la difusión en España de numerosos estudios y textos de economistas y reformadores franceses e italianos partidarios de esta opción: estudiados en su día por Lluch y Herr¹⁷ (quienes en sus trabajos analizan el sentido de estas figuras), de su análisis se desprende el significado que tuvo, en la segunda mitad del siglo XVIII, el concepto «territorio».

Sabemos que en Francia, desde los tiempos de Colbert, los intentos por definir la Cartografía habían corrido paralelos a los estudios sobre las transformaciones económicas. Por ello, que el ministro francés encargue, en 1660, reunir todos los mapas y planos existentes en el país con el fin de elaborar —sobre su base— uno nuevo, tiene como consecuencia que casi un siglo más tarde Perronet

Vista de la Nueva Población de Aguilas. G. Martínez de Lara. Posterior a 1766.

Vista de la Nueva Población de Aguilas (detalle). G. Martínez de Lara. Posterior a 1766.

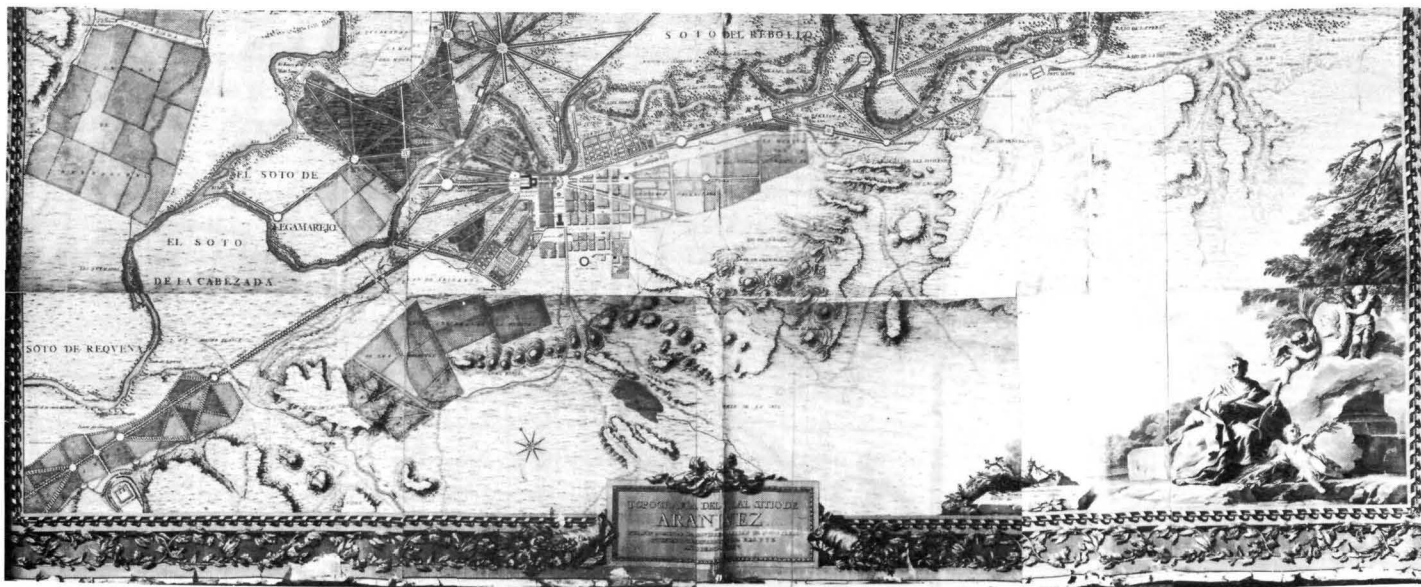
pueda afirmar que tiene en su despacho 2.090 mapas de carreteras y 757 dibujos de puentes que cubre un total de 14.000 km. de carretera. La intención es clara: teniendo presente que las primeras representaciones del país corresponden a planos militares donde sólo se indica la configuración de las costas o de las ciudades con puerto, solo cuando el interés económico se sobrepone al militar se inician estudios sobre el territorio, convirtiéndose el mapa en un complejo sistema de mensajes que se ofrecen al lector.

Ocurre así que el cartógrafo deja de ser espectador de la realidad para convertirse en organizador de posibles actividades, como ha estudiado H. Capel¹⁸, demostrando con su actividad el sentido que tiene el saber sobre el espacio.

¿La Cartografía del XVIII suministra información? Sin duda, podríamos responder, pero su objetivo no sólo consiste en facilitar al hombre que vive en aquellos espacios un mejor conocimiento de su entorno, sino que ahora pretende que su información llegue al ordenador económico, responsable a fin de cuentas de las grandes transformaciones.

De este modo aparece una figura nueva, que no es ya la del economista —tal y como hoy lo entendemos— ni tampoco la del ingeniero o arquitecto: consciente de la importancia del proyecto, conoce los supuestos económicos definidos por los tratadistas económicos y al mismo tiempo, es capaz de organizar —como técnico— aspectos desconocidos hasta el momento. Es un tipo de ingeniero ilustrado, distinto del Cermeno arquitecto o del Tomás López geógrafo, que colabora con los grandes intentos de reformas: y uno de sus más importantes representantes puede ser el ingeniero militar Carlos Lemaury. Sabemos que los italianos y franceses que se ocuparon del tema del espacio y del territorio tuvieron una más importante difusión en España, de forma que las noticias sobre Cantillon, Forbonnais o Galliani a menudo aparecen en los textos de los estudiosos españoles. Como señala Reeder en su estudio sobre las traducciones de textos económicos en el siglo XVIII¹⁹ —Jovellanos había traducido el *«Essai sur la nature du commerce»*, Danvila había llevado a cabo —en 1779— una versión libre de las *«Lecciones de Economía Civil o del Comercio»* que ha sido estudiada por el profesor Fabián Estapé²⁰ y también Condillac, Melon y Mirabeau habían sido dados a conocer en versiones castellanas. Pero lo más interesante en este caso, es que los *«Elementos del Comercio»* de Forbonnais habían sido traducidos, en 1766, por el ingeniero militar Carlos Lemaury²¹.

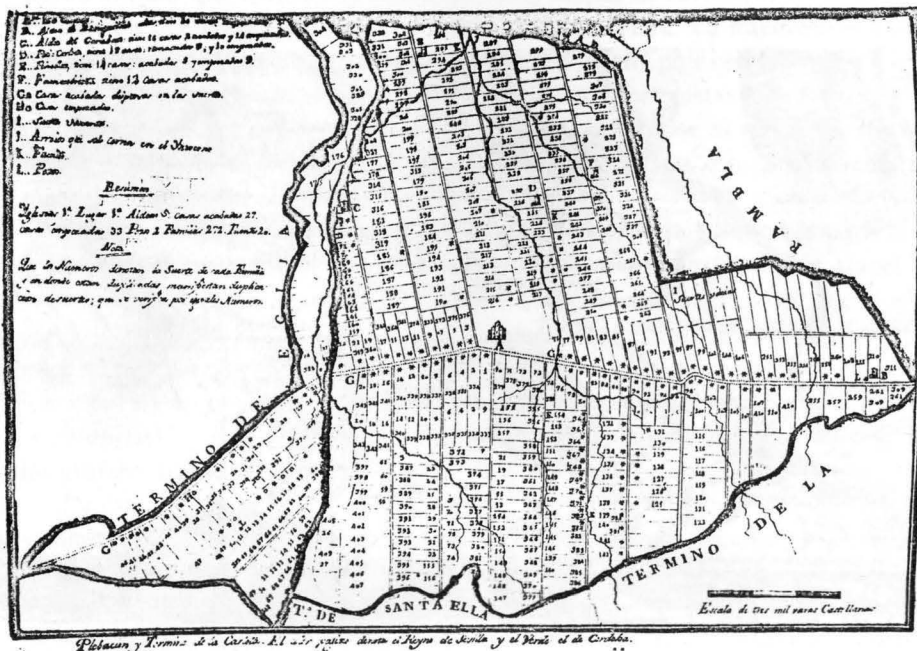
Nacido en Montrimel, Lemaury había sido traído a España por el Marqués de la Ensenada ingresando en 1750 en el Cuerpo de los ingenieros militares²². Uno de los primeros proyectos que elabora es el que realiza en 1754 para el Canal de Castilla²³ y desde esa fecha hasta 1760 trabaja en la obra del Arsenal de El Ferrol y en el Canal de Campos. Sabemos que por su singular formación como ingeniero es requerido por el Conde de Aranda para fundar, en 1762, una Academia de Ingenieros y es a partir de 1765 (con la publicación de los *«Elementos de Comercio»* de Forbonnais) cuando presenta un proyecto de colonización de los



Juncuales de Betanzos con la idea de establecer un sistema de diques que protegiesen aquellos de la marea ²⁴. Desde este momento sus intervenciones dejaron de ser estrictamente militares y elabora el proyecto de un «*Canal navegable desde el río Guadarrama al Océano que pasase por Madrid y Sierra Morena*», que presenta en 1785 ²⁵.

De este modo ocurre que, lejos de entenderse estos datos como eruditos, el estudio de los autores antes citados podrían llevarnos a comprender su idea sobre los conceptos de ciudad y territorio, sobre todo en los momentos en que se inicia en España el desarrollo de la Razón. No olvidemos que la mayor parte de aquellos economistas habían realizado análisis concretos sobre la economía española: así, tanto Forbonnais como Galliani habían contrastado y comparado los problemas de distribución de riqueza existentes entre España y Francia y ²⁶, como resultado de estos estudios, se esbozan soluciones a problemas concretos tales como son la distancia óptima que debe existir entre dos puntos de población (haciendo variar la misma de los siguientes datos: a) si los dos puntos son centro de mercado; b) si sólo uno de ellos lo es, siendo el otro centro de población, o c) si ambos son puntos de producción); se opina sobre la necesidad de incrementar el espacio productivo existente junto a otras ciudades o zonas despauperadas (igualmente próximas a las mismas ciudades) o se insiste sobre la conveniencia de desarrollar la red de transporte —caminos y canales— como elementos necesarios de cualquier desarrollo económico. En este sentido Forbonnais señala, en sus «*Elements du Commerce*» en que medida la necesidad de establecer un sistema de comunicaciones interiores deriva de la pretensión de incrementar la riqueza en el país, puesto que gracias a ella los productos agrícolas pueden elevar sus precios en el

Topografía del Real Sitio de Aranjuez.
Domingo de Aguirre, 1775.



Definición de las «suertes» de la Población y Término de la Carlota. S.f.

lugar de producción (al facilitar su transporte y disminuir, por ello, la cantidad de productos perecederos) al tiempo que significa disminuirlos en las ciudades, puesto que existirá una mayor oferta. A partir de esta idea, y siguiendo las opiniones dadas por Baudeau o Mirabeau (traducida su «Disertación sobre el cultivo de los trigos» en 1764²⁷, Lemaure comprende que la actuación del ingeniero debe definirse sobre el territorio y por ello su actividad enlaza, igualmente, con la esbozada en esos mismos años por Tomás López.

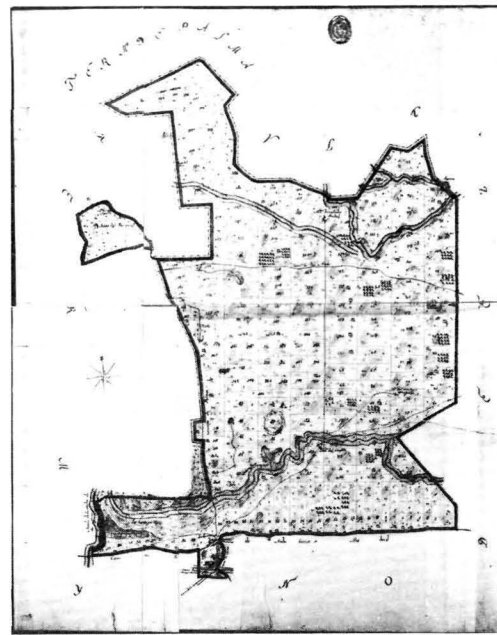
De formación francesa, López había nacido en 1730 trasladándose en 1752 a París para realizar estudios de Geografía, teniendo como maestros a los que, a su vez, habían dependido de Cassini. Formado por Lacaille (quien en 1751 había partido a América, regresando a París en torno a 1755) con d'Anville y Dheulland, López siguió los cursos de Geografía del *College des Quatre Nations*²⁸ y en 1760 volvía a España, después de haber analizando y comprendido el alcance de la propuesta formulada por Cassini al trazar su «Carte de France»²⁹.

Consciente entonces de la necesidad de interpretar y conocer racionalmente el territorio, en 1763 López inicia una ambiciosa labor que pretende ser idéntica a la que Cassini había desarrollado en Francia: reunir la documentación suficiente que le permita establecer, de modo definitivo, un mapa general de España que pueda ser utilizado no sólo por militares sino, y sobre todo, por economistas e ingenieros. Estudiada la historia de su proyecto por Bruno Vayssiere (en su tesis doctoral presentada en la EHESS de París y publicada parcialmente en el Catálogo de la Exposición sobre la Cartografía celebrada en el Centro Pompidou) el propio Vayssiere señala³⁰ como «... en el último cuarto del siglo XVIII D. Tomás Ló-

pez, geógrafo del rey de España, dirige una gran encuesta a las municipalidades del reino para elaborar un mapa general. La costumbre de tales censos e inventarios estaba ya establecida y esta empresa debía justificar la regulación de los intercambios entre las pequeñas unidades, autónomas hasta entonces... Una pregunta subsidiaria termina la encuesta: López pide a su interlocutor, generalmente el párroco de la localidad, que dibuje su lugar, «dos o tres leguas alrededor de la iglesia principal». La Mitad de sus corresponsales son incapaces de dibujar su espacio cotidiano y se contenta entonces con describirlo, los restantes, quinientos aproximadamente, evían una extraordinaria variedad de apuntes y esquemas, notas, borradores, perspectivas.

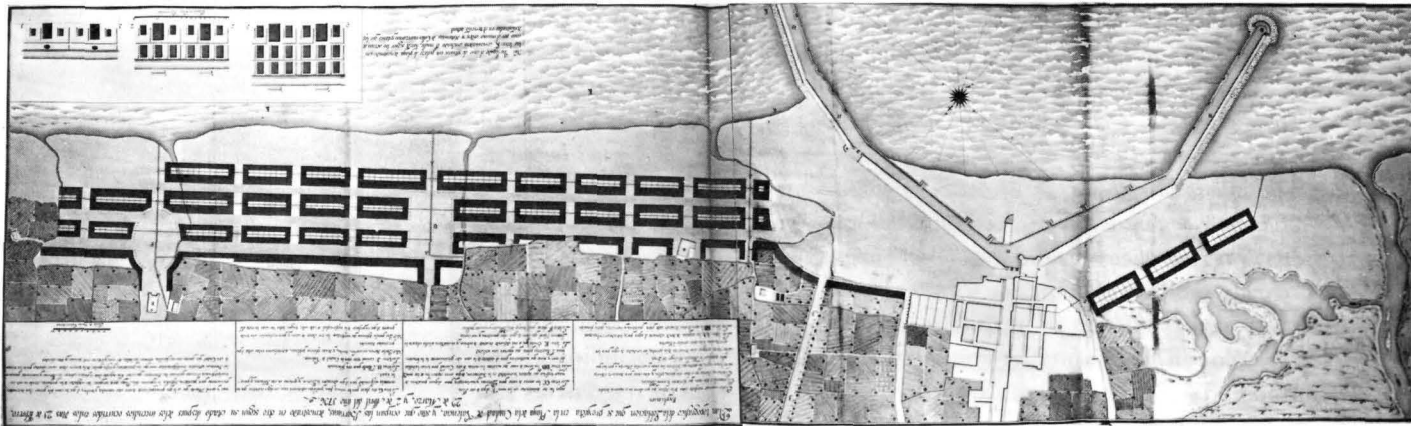
El proyecto de Tomás López se formula, pues con la intención de conocer el territorio español partiendo de pequeños elementos que entiende como autónomos y pidiendo, en último punto, comprender el sentido y las posibilidades del espacio próximo a cada localidad. No aparecen en su proyecto ni referencias a la escala en que debe recibir el dibujo ni precisión tampoco sobre el grado de definición de éstos: le basta entonces con comprender la realidad del espacio, dato desconocido e inaugurado hasta el momento. Preocupado más por la realidad que por el detalle de la misma, López solicita en su petición la reproducción de un amplio entorno respecto al núcleo dado que no ignora como, al limitarlo, el diseñador podría centrar su atención en dos o tres detalles que carecen, en verdad, de relevancia ³¹. De este modo su petición revela como su interés no se centra en el trazado o estructura de los pequeños núcleos espaciales sino que pretende entender el sentido y la función de cada célula dentro de la idea general de territorio, en la intención de coordinar estos datos. Este es, pues su verdadero problema: como unir las 400 ó 500 informaciones fragmentarias, y su punto de partida coincide con el que da un viajero anónimo que visita España en 1765 y cuyo libro de viaje recoge García Mercadal. «Se tienen tantos detalles geográficos sobre España, y tantos mapas, aunque todo imperfectos, que no pretenderé someterme a la precisión mecánica de la geografía» ³².

¿Precisión mecánica de los geógrafos? Lo dudo. Es evidente que el proyecto de López abre importantes vías en el conocimiento de la España de su tiempo y prueba de ello es que la Academia de San Fernando le nombra, en 1762, Académico de Mérito. López ha pedido, en el Memorial que remite a los párrocos de los distintos pueblos, información sobre «... donde están las aldeas, propiedades agrícolas, cadenas montañosas, bosques, caminos...» ³³ y paralelamente a su actuación, Campomanes ha redactado, en 1761, un importante texto con el título «Itinerario de las carreteras de postas de dentro y fuera del Reyno» cuyo valor es servir para que, al poco, se formule una ordenanza de correos que responde al deseo de mejor conocer y utilizar el territorio ³⁴. A partir de datos parciales, tanto en el caso de López como en el ensayo de Campomanes, el saber donde existen las aldeas, minas, fábricas, puentes, mercados o molinos refleja una intención de conocer el país, idéntica a la que Perronet intenta establecer con su análisis específico de Francia. Por ello la propuesta del geógrafo es paralelo a la del economista y lo es, a su vez, a la del ingeniero militar que traduce el texto de Forbonnais o da a conocer el sentido y el alcance de los artículos «Comerce», «Chage», o «Concurrence», publicacio-

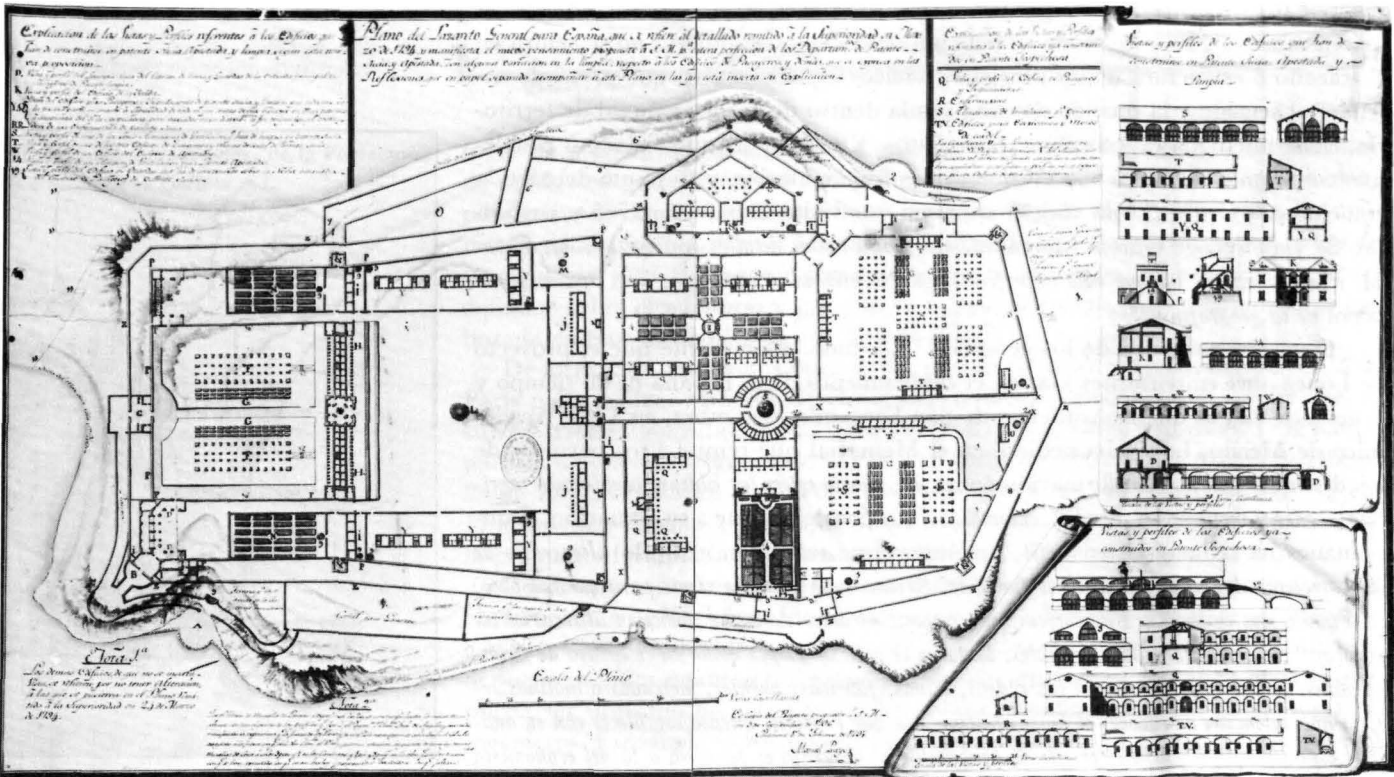


Plano topográfico con las «suertes» de La Luisiana. S.f.

EL CANAL
DE CASTILLA

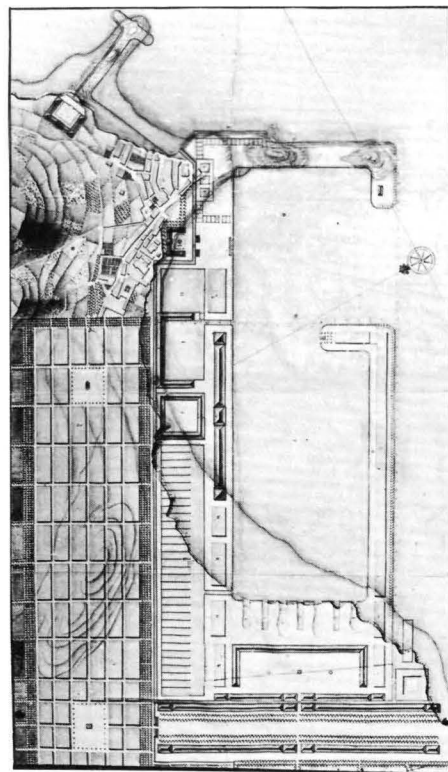


Plano de la Nueva Población en la Playa de Valencia, 1797.

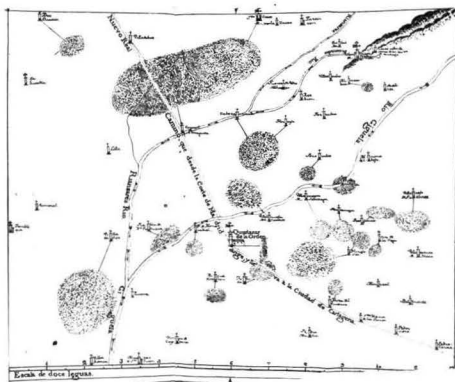


Plano del Lazareto de Mahón. Manuel Pueyo, 1797.

nes en la Enciclopedia ³⁵. Existe un espíritu común sobre la necesidad de romper con los arbitristas del XVII o con las ideas enunciadas por los proyectistas en el siglo XVIII y, prueba de ello, es que en los textos económicos se plantea la discusión sobre el sentido que deben tener las ciudades frente a las aldeas o a las villas. Sólo desde el conocimiento del territorio —y ello gracias a la Cartografía— se evidencia la relación de dependencia que existe con la aldea respecto de la villa, permitiendo entonces, el estudio de la realidad, definir la actividad —y, por tanto, el programa de necesidades— de la primera. Sucede así que, tanto en Sierra Morena como en las nuevas poblaciones de Nueva Andalucía, la administración se organiza de forma piramidal, de manera que varias aldeas (tres o cuatro, próximas entre sí) definen el territorio administrativo de una población, y a su vez tres o cuatro poblaciones configuran una feligresía o parroquia asentándose la cabeza de todas las poblaciones en la capital de la Encartación. Reflejo de las ideas esbozadas por Mirabeau, Condillac o Cantillón, su influencia se advierte —como estudió en su día el profesor Fabián Estapé al tratar sobre Jovellanos como traductor de Cantillón— en el medio cultural sevillano: *«Para Somoza el discurso sobre el estudio de la economía civil (de Cantillón) es una traducción, probablemente extractada de alguna obra que Jovellanos leyó durante su estancia en Sevilla, mientras desempeñaba el cargo de Alcalde del Crimen y es momento activo de la tertulia a D. Pablo de Olavide, Intendente y repoblador de Sierra Morena»* ³⁶. Que Olavide influye en Jovellanos lo sabemos gracias a su propia correspondencia puesto que lo comenta en su carta, a su hermano Francisco de Paula. Como consecuencia de dichos contactos elabora un resumen del texto de gran interés, pero, por encima de ello, es importante para nosotros saber que en la Sevilla de Olavide se conocen los estudios donde se plantea la cuestión de riqueza, del tráfico del trigo, o del establecimiento de nuevas comunidades de colonización. Partiendo quizá de Cantillón y de sus ideas sobre la necesidad de fomentar la repoblación (su texto se dividía, en este sentido, en epígrafes tales como *«De la Sociedad y del Hombre»*, *«De la Aldea»*, *«De la ciudad»*, *«De las ciudades capitales»* o *«Como el trabajo de labrador vale menos que el de un artesano»*) ³⁷ las ideas que esboza sobre la aldea o la ciudad no se corresponden ya con las esbozadas en *Sinapia*, puesto que definen funciones y equipamientos distintos. Sólo en el texto de Danvila, cotejando pro el profesor Estapé, se señala como *«... la ciudad capital del Reyno, que llamamos Corte, se forma del mismo modo que una ciudad de provincias, con la sola diferencia de que los más ricos propietarios de todo el Estado viven en la capital que el Príncipe y los ministros viven en ella y expenden parte de los réditos al Estado: que están allí establecidos los Tribunales supremos, con cuyo motivo aún los propietarios de las provincias suelen de tiempo ir a la capital: y finalmente que es el centro de todo el Estado, de suerte que sus costumbres, trato y modo de vivir sirven de modelo a las provincias. Por esos los propietarios de éstas suelen enviar sus hijos a la capital para que se eduquen y formar a su modo de vivir»*. En *Sinapia*, del mismo modo, la Corte *«es la metrópoli de las provincias que ocupa el centro de la península. No se diferencia de otras metrópolis sino en ser residencia del Príncipe, del Senado y Arzobispo o Patriarcas. Vi-*



Arsenal de El Ferrol. S.f.



Término de Quintanar de la Orden, 1771.



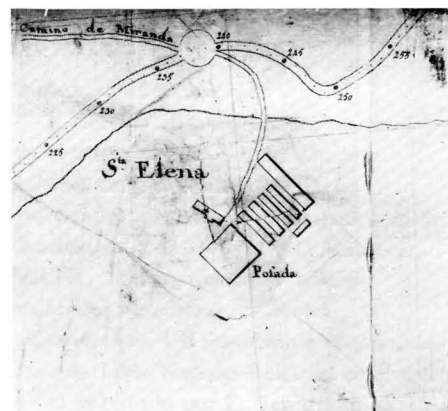
Término de Navia, 1771.

ven en ella los embajadores y jubilados. Y en ella reside la Academia y los Archivos y se celebran los concilios generales de la nación. En medio tienen el templo partiarcual, muestra admirable de la piedad e industria»³⁸. Esta, es, en mi opinión la única semejanza posible entre Sinpaia y la idea ilustrada que ofrece Cantillón, puesto que en los restantes planteamientos las diferencias son evidentes y señalan dos distintas maneras de entender el espacio y la imagen de ciudad. Para Cantillón la ciudad no es un núcleo organizado al modo que la villa o la aldea puesto que es el mercado el elemento generador que se plantea en el origen la ciudad. En este sentido basta —señalar con que algunos grandes propietarios se establezcan en la proximidad del mercado para dar vida a la ciudad. Para el autor de *Sinapia*, por el contrario, el elemento que generaba la vida de la comunidad era la familia y la diferencia existente entre villa, aldea o ciudad se limita al número de familias residentes en cada núcleo. «La importancia de la ciudad viene dada por el número de propietarios de tierra que residen en ésta o, dicho de otra forma, por la importancia del beneficio de la tierra que les pertenece» señala Cantillón y el problema se formula sobre donde situar la aglomeración, cual debe de ser la distancia idónea entre el lugar de labor y el mercado o como debe definirse la especialización del territorio. La doctrina liberal del XVIII piensa que una cierta igualdad espacial y una moderada dispersión son beneficiosas, por lo que aconseja organizar un circuito o, lo que es lo mismo, dispersar las capitales de provincia lejos de la Capital Corte. Y en algún sentido su actitud es retomada años más tarde por el Padre Martín Sarmiento. En 1763 el Padre Sarmiento elabora un memorial titulado «Apuntamiento para un discurso sobre la necesidad que hay en España de unos buenos caminos reales y de su pública utilidad. Y del método de dirigirlos, de marcarlos, construirlos, comunicarlos, medirlos, adornarlos, abastecerlos y conservarlos». Autor además de una larga serie de escritos de carácter estético sobre arquitectura, su propuesta es funcional por cuanto que emite una idea, aparentemente disparatada, sobre el trazado de caminos que, tras un examen, revela su auténtico sentido. Sarmiento propone que desde un punto de Madrid, concretamente desde el astil de la Capilla del Palacio Real de Madrid, se tracen, siguiendo los treinta y dos vientos o rumbos de la aguja de mareas, líneas rectas que irían hasta las extremidades de toda España. Estas líneas dermarían los caminos reales, a los que cortarían y señalarían los provinciales, trazados como cuerdas de los círculos imaginarios que los caminos reales radian desde Madrid. Frente a la idea de una serie de caminos que no conduzcan a ninguna parte, establece un programa de equipamientos que complementen la idea del camino señalando como «... en estos caminos cada tantas leguas habrá un mesón; cada tantas, piedras indicatorias; cada tantas otras, un caserío para que los caminos no queden solitarios; a distancias iguales, arbolados y plantíos; de trecho en trecho, ermita y posada con cirujano y herrador así como casa para correos y postas».

Su idea es clara: para él los caminos no deben de conducir a ningún sitio (así se explica el trazado caprichoso desde el astil de la Capilla del Palacio Real) porque aquellos caminos que van a alguna parte sólo sirven para fomentar la riqueza.

za en zonas donde ya existe una economía. Es preciso que el camino sea elemento aglutinante de nuevas instalaciones y de nuevas riquezas y, en este sentido, el programa de equipamientos y señales a establecer se entiende más desde la idea de una primera ordenación del espacio, de una inicial política sobre el espacio, que como solución a un problema de transportes. Poco tiene que ver con los supuestos de una red de tráfico porque poco le importa al Padre Sarmiento saber a donde conducen sus caminos o a través de dónde. Lo que pretende es convertir éste en elemento ordenador del territorio, organizando y creando riqueza en su alrededor; y si en un momento Sarmiento se preocupó por conocer la situación real del país, analizando los censos llevados a cabo, a partir de un punto entiende que estos datos deben de ser indicadores de una situación y que sobre ellos es preciso actuar. Su actitud es pues, paralela a la de Cantillón, pero de corte distinto: el uno define las ciudades —capitales de provincias alejadas de la Corte para que pueden generar —en su entorno— riqueza; el Padre Sarmiento señala la necesidad, para desarrollar este planteamiento, de utilizar los caminos no como sistema de transporte sino estableciendo en ellos núcleos económicos que ayuden a dispersar la riqueza.

La política de repoblación, de creación de nuevos circuitos económicos en zonas donde existen despoblados —como en Sierra Morena, Andalucía, Extremadura—, se entenderá desde la coordinación de los esfuerzos que tienden a crear riqueza con lo que la actitud de estos ilustrados coinciden con la opinión de Galliani, sacerdote napolitano que en 1750 —había dedicado a Carlos de Nápoles —el futuro Carlos III en España— su *«Dialoges sur le commerce de blés»* y en el que señala como *«... los hombres tienen la posibilidad de modificar la orientación natural de las corrientes comerciales»*. Reordenan la naturaleza, introduciendo mediante proyectos de ingeniería o de arquitectura los cambios necesarios para que el país cambie su estructura económica será el sueño de los ilustrados. De este modo primero el territorio y luego la ciudad, cobran sentido diferente y la organización, el programa de necesidades y el proyecto arquitectónico dará pie a que el territorio se entienda como el área donde un conjunto de aglomeraciones —importantes o no— se unen para constituir una entidad de orden superior. A diferencia de la *«utópica» Sinapia*, donde la organización se establecía desde la casa de familia al barrio, a la villa, ciudad, metrópoli o corte, ahora las aldeas, las ciudades y las ciudades capitales son resultado de un fantástico proyecto, ambicioso y en algún sentido casi irreal proyecto, donde la ambición del programa se enfrenta a los medios con que cuenta el Estado. Se entiende que el paso de villa a ciudad y de ésta a metrópoli o Corte, no es consecuencia de multiplicar la imagen de ciudad por dos, tres o cuatro: se comprende que no es ya un problema cuantitativo el que debe caracterizar el urbanismo, sino que es el estudio del territorio como elemento ordenador de riqueza lo que sirve para definir, con distintos programas de necesidades, lo que es la aldea, lo que significa la villa o lo que representa la ciudad. Y este sueño —la voluntad de actuar sobre el territorio intentando, a través



Nueva Población de Santa Elena. S.f.

suyo, modificar la naturaleza—, es lo que define la nueva utopía ilustrada. Poco tiene, pues que ver la utopía de la Razón con la búsqueda regresiva de comunidades añoradas o de vivencias perdidas, porque la voluntad del momento de la Ilustración se centra en la elaboración de proyectos y propuestas donde la nueva sociedad puede sentar sus bases —y ahora desde la realidad— y definir las nuevas costumbres. Frente a propuestas basadas en divisiones arbitrarias del territorio, frente a la opción formal que establece el cuadrado como unidad administrativo-económica, ellos proponen una opción global, consciente que la distribución de la riqueza consiste en romper el espacio limitado que plantea el campo. Entiende que la cuadrícula propuesta por otros no es una estructura (y si una forma) y frente a ella opondrán la realidad de la naturaleza conquistada por el hombre.

NOTAS

¹ J. F. Faure-Soulet: «Economía Política y progreso en el siglo de las luces». Madrid, 1974. N. 19.

² J. Muñoz Pérez: «El proyectismo como género» en REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, n.º 81, 1955, N. 169-195. Al margen de las numerosas bibliografías sobre Hacienda y Economía del siglo XVIII (M. Colmeiro Penido «Biblioteca de los economistas españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII», ed. 1979; J. Lasarte y otros. «La Hacienda en la bibliografía de 1700 a 1845», Madrid, 1980) e importante consulta de la obra de E. Correa Calderón «Registro de Arbitrafistas, economistas y reformadores especiales» (1500-1936). Madrid, 1981. Un ejemplo de «Advertencia» en el publicado por José del Campillo (en edición de A. Elorza) «Lo que hay de más y de menos en España para que sea lo que debe ser y no lo que es» (Madrid, 1969).

³ C. Moya: «De la ciudad y de su razón», Madrid, 1977, p. 161, la cita a Jab (41, 21-26) aparecen en el mismo, así como la referencia al texto de Holber «Laviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica». Máximo, 1940, p. 337.

⁴ Ibid. p. 161. Cita Holber, *op. cit.*, p. 141.

⁵ P. Mazconi, A. Cipriani; E. Valeriani: «I diregui de architettura dell'Archivio Storico dell'Accademia di San Luca». Roma 1974, del 337 l 408. Ver también en el Consono Clementino de 1739, del 438 al 452.

⁶ Sobre el urbanismo en la segunda mitad del siglo XVIII, ver el estudio que próximamente publicaré en el MOPU.

⁷ J. Cejudo López: «Catálogo del Archivo del Conde de Campomanes».. Madrid, 1975; p. 34, sig. 8-17.

⁸ M. Avilés: *Sinopia: Una utopía española del Siglo de las Luces*. Madrid, 1976.

⁹ Ibid., p.p. 80-81, número 6 «División Política de Sinopia».

¹⁰ Ibid., p. 80.

¹¹ Ibid., p. 91, «número 21» «De la casa en comunidad».

¹² Ibid., p. 85, n.º 12. «De la Corte».

¹³ Avilés no cita en ningún momento el texto de Morelly «Code de la hature». París, 1970. Consulta en el mismo 132-135. Un importante estudio sobre Morelly sigue siendo el de Ch. Riho «Les philosophes utopistas» «le mythe de le cité commuhautaire en France au XVIII^{me} siecle». París, 1970.

¹⁴ M. Avilés: *op. cit.*, p. 82, n.º 8. «Del Barrio o Cuartel».

¹⁵ Ibid., p.p. 83-84. N.º 9. «De la Villa».

¹⁶ C. Moya: *op. cit.*, p. 162.

¹⁷ E. Lluch: «El pensament economic a Catalunya (1760-1840)». Barcelona, 1973 Ll. Argemí, E. Lluch: «La Fisiocracia en Espanya», e «RECERQUES», n.º 12, 1982, p.p. 7-38. R. Hers: «España y la revolución del siglo XVIII». Madrid, 1971.

¹⁸ La cita de Colbert aparece en el estudio de Bruno Vayssiere «La carte de France», en el catálogo de la exposición celebrada en París con el título «Cartes et figures de la Terre», París, 1980; p.p. 252-265. Un estudio de H. Capel sobre la cartografía figura, sobre todo, en el excepcional trabajo «Geografía y matemáticas de la España del siglo XVIII», Barcelona, 1982. Ver, además, «La geografía como ciencia matemática mixta. La aportación del círculo jesuítico madrileño en el XVIII», «GEO-CRITICA», Universidad de Barcelona, n.º 30, 1980; «Los diccionarios geográficos de la Ilustración Española», GEO-CRITICA, Universidad de Barcelona, n.º 31, 1981; «Manual de Aguirre y la nueva geografía española del siglo XVIII» e «Indagaciones y reflexiones previas sobre la geografía» (1782). Barcelona, 1981.

Interesa, además, consultar los estudios publicados por B. Fortín y B. Vayssiere «L'architecture du villa, espaces, carte et territoires», en URBIS, 1980,

p.p. LIII-LXII, donde estudia (p. LIII, n.º 1) el proyecto de Cassini sobre las 180 hojas publicadas por éste.

Sobre la colonización de la Europa de estos años, ver los textos de G. Teynot y P. Morachiello «Citta di Stato: la colonizaciene del territorio del primo imperio», LOTUS, n.º 24, 1979, p.p. 24-40 y el libro posteriormente editado por los mismos autores «hascita delle città di Stato», Roma, 1983. Igualmente es de interés el trabajo de W. Oeachalin «J. J. Moll's napoleonville as Terrestrial Paradise», en D AIDALOG, N.º 7, 1983, p.p. 44-45.

¹⁹ J. Reeder: «Economía e Ilustración en España: Traducciones y traductores 1717-1800», en MONEDA y CRÉDITO, n. 147, 1978, p.p. 47-71; » «Bibliografía de traducciones, al castellano y catalán, durante el siglo XVIII, de obras de pensamiento económico» en MONEDA y CRÉDITO, n.º 126, p.p. 57-78.

²⁰ F. Estapé: «Algunos comentarios a la publicación del ensayo sobre la naturaleza del comercio en general», de Castellón, en MONEDA y CRÉDITO, n.º 39, 1951, p.p. 38-77. Sorprendentemente, M-J. González González, en el estudio que publica sobre «El enfoque mino-económico y su originalidad en el "Ensayo"... de Castellón», en la «Historia económica y puramente social», Madrid, 1983, p.p. 109-128, no cita en ningún momento el trabajo de Estapé.

²¹ J. Reeder: «Bibliografía de traducciones al castellano...», *op. cit.*, p. 62 ...esta colección de ensayos incluye partes publicadas, primero como artículos en la Enciclopedia de Diderot y D'Alambert, vol III, 1753. Artículos: «Comerce», «Chambre d'assurance», «Change», «Concurrence». Un importante estudio sobre las relaciones hispano-italianas en el XVIII en el publicado por F. Venturi en su estudio «Economistas y reformadores españoles e

italianos del siglo XVIII», publicado en TEXTOS OLVIDADOS, Madrid, 1973; p.p. 203-252. Comenta sobre Forbonnais en la p. 205 y sobre Galiani en p. 209, n.º 15-18. Para comprender la difusión de esta idea entre los españoles son el realizado por F. Aguilar Piñal «*La Prensa española en el siglo XVIII*», Madrid, 1978, y el anterior de L. M. Enciso Recio «*Prensa económica española del siglo XVIII*», Valladolid, 1958.

²² H. Capel: «*Los ingenieros militares en España, siglo XVIII*». Barcelona, 1983, p.p. 258-261, da una importante relación de los trabajos de Carlos Lemaury, en base a los datos de E. Llaguno «NOTICIAS DE ARQUITECTOS Y ARQUITECTURA EN ESPAÑA», Madrid, 1829, t. IV, p.p. 287; A. Domínguez Ortiz, «*Sociedad y Estado en el siglo XVIII Español*», Barcelona 1976, p.p. 532 y siguientes. L. Pascual: «*Índice del Personal de ingenieros en el siglo XVIII*», manuscrito en el SKM; J. Almirante: «*Bibliografía militar en España*», Madrid, 1876; J. Merino: «*Cartagena, el arsenal Ilustrado del Mediterráneo Español*», en «*Areas*» Murcia, I, 1981; p.p. 39-52... Existen, además, importantes noticias sobre lemaury en el catálogo de Campomanes (19-13; 19-14; 19-19 bis; 24-1a; 48-25; 48-26 y 40-150) en el que se dan noticias sobre la Academia que en 1757 formó en Cádiz con Jorge Juan, Godín y Pedro Virgilio (48-150); sobre la colonización de Betanzos en 1767 (24-29) o sobre los proyectos de canales en Castilla que realizó en 1771 (19-14); del mismo modo en el catálogo de la Exposición «*La administración en la época de Carlos III*», celebradas en el Centro de Formación y Perfeccionamiento a Funcionarios de Alcalá de Henares en 1962 o en el concebido también para la exposición monográfica a la «*Obras Públicas en España*», celebrada en el único centro de 1964, se dan numerosas noticias

de archivos sobre Lemaury.

²³ C. Lemaury: «*Relación Histórica del Proyecto de Canales en Castilla y de la ejecución del de Campos hasta hoy*», manuscrito fechado en 1754. Citado por Capel («*Los ingenieros...*», p. 259) y por Correa Calderón; *op. cit.*, p. 206, n.º 1.518.

Existe, además, una relación del propio Lemaury fechada en 14 de agosto de 1771 que se encuentra en el Archivo Campomanes (Cejudo López, *op. cit.*, p. 103 sig. 19-14) con el título «*Breve relación de las operaciones, sucesos y persecuciones que ha padecido el ingeniero don Carlos Lemaury desde que tuvo la comisión de proyectar canales en Castilla la Vieja hasta el término del pleito que le ha movido el Brigadier Conde de Croix, calumniándole según resulta de los autos*». Sobre bibliografía en torno al Canal de Castilla, ver más adelante nota.

La actividad de los ingenieros en las obras de caminos durante el tiempo de Floridablanca fue importante, como él mismo señaló en su «*Memorial presentado al Rey Carlos III y repetido a Carlos IV por el Conde de Floridablanca, renunciando al ministerio*» (Madrid, 1982; p.p. 287-415). Sobre caminos, ver p.p. 356-358 «... se han construido más de ciento noventa y cinco leguas... Se han construido trescientas ventidós puertas nuevas y habilitado cuarenta y cinco». Sobre la política de canales, ver en las p.p. 131-132 de la *Instrucción* cuales eran sus intenciones en 1777 y en el *Memorial* (p.p. 347-349) cuales fueron sus logros. De cualquier modo, para el estudio de los caminos y canales en España, sigue siendo imprescindible el texto de P. Alzada y mirando «*Historia de las obras públicas en España*» (edición de A. Bonet Correa), Madrid, 1979.

Sobre el tema de los ingenieros militares franceses y sobre sus competencias y actividades consultar Anne Blanchard, «*Les ingénieurs du "Rey", de Louis XIV a*

Louis XVI». Montpellier, 1979. Sobre los ingenieros españoles, es de obligada referencia el estudio publicado por R. Gutiérrez «*El Real Cuerpo de Ingenieros Militares, el Cuerpo de Ingenieros de la Marina Real y su Academia*», en el estudio, «*Arquitectura colonial (s. XVI-XIX)*», publicado en Resistencia (Argentina), 1979, pp. 89-124.

²⁴ A. Meijide Pardo: «*El Plan Lemaury sobre los juncuales de Betanzos en el siglo XVIII*». Estudios geográficos, n.º 102, 1966, p.p. 75-105.

²⁵ Citado por Calderón Correa, *op. cit.*, p. 251, 1968, sobre el tráfico del trigo y los positos, ver el texto ya clásico de G. Anes: «*La crisis agraria de la España moderna*», Madrid, 1970; p. 222 y sig.; sobre los positos ver, del mismo autor, en «*Economía e Ilustración*», los capítulos «*Las fluctuaciones de los precios del trigo, de la cebada y del aceite en España*», p.p. 43-70 y «*Los positos en la España del siglo XVIII*» p.p. 71-94. Sobre la salida del trigo castellano hacia la periferia, ver V. Palacio Atard, «*El comercio de Castilla y el puerto de Santander en el siglo XVIII*», Madrid, 1960, en el que se tratan los caminos pero no los canales. M. García Isidro en su «*Historia de los positos españoles*» (Madrid, 1929) ofrece datos de interés (p.p. 17-22) sobre los positos en el siglo XVIII.

Probablemente en los catastros, la realidad sobre la organización territorial en España aparece en tres artículos de A. Melou publicados en la revista de ESTUDIOS GEOGRÁFICOS, XXXVIII, n.º 148-149. El primero comprende a «*El catastro del Marqués de la Ensenada*», p.p. 609-615; el segundo «*De la división de Floridablanca a la de 1833*», p.p. 617-664. Por último, «*Provincias e intendencias en la Peninsular España del XVIII*», p.p. 665-757. J. Plaza Prieto, en su «*Estructura Económica de España en el siglo XVIII*», Madrid, 1976,

comenta los censos de 1768, de 1787 y de 1797, con lo que podemos valorar el reparto no sólo demográfico, sino también de riqueza en la España del XVIII. Ver, igualmente, F. Bustelo García del Real «*Algunas reflexiones sobre la población española de principios del XVIII*», en ANALES DE ECONOMÍA, n.º 15, 1972, p.p. 89-106, M. Artola, en su «*El antiguo Régimen y la revolución liberal*», Madrid, 1978, p.p. 135 y sig., estudia el tema de la liberalización del comercio del grano.

²⁶ R. Pavía, «*L'idea di città, XV al XVIII*», Milán 1982, p.p. 157-172; P. Dochés: «*Lo spazio nel pensiero económico dal XVI al XVIII secolo*», Milán, 1971. Interesan especialmente los capítulos segundo (segunda parte) sobre Castellón (p.p. 197-217) y el dedicado al abate Galiani (p.p. 254-281). El párrafo en el que compara la economía francesa y española corresponde a la página 257-258. «... para ilustrar su análisis, Galiani escoje los ejemplos de Francia y España. Castilla la Vieja como excedente de grano se encuentra en el centro de la Península Ibérica como rodeada por un círculo. El flujo de grano que va de Castilla hacia los puertos tendrá que atravesar todas las demás provincias españolas. F. Galiani, «*Dialophi sul comercio di grani*», Turín 1958, p. 26.

Dado que los intercambios de productos se plantean por compensación entre las zonas de precios altos y bajos, la intensidad del flujo de los productos dependen de la diferencia de precio entre los puntos, así como de su «distancia económica» (gastos y riesgos del transporte). El flujo tendrá intensidad nula cuando los precios en las áreas productivas (incrementados por el precio del transporte se igualen al precio de venta en dicho punto. La diferencia frente a Francia es clave: al estar las zonas productivas de grano situadas en las zonas periféricas, será necesario prohibir o controlar severamente la producción, mientras que en el caso español —donde sucede

justo lo inverso— es necesario fomentar la misma (p. 25).

²⁷ J. Rueda: *Bibliografía de Traducciones...*, op. cit., p.p. 61-62 sobre la traducción de Galiani «*Diálogos sobre el comercio del trigo*», ver el mismo trabajo, p.p. 65-66. Sobre Castellón, p.p. 73-77. Sobre los textos económicos de Campomanes, es de obligada consulta la introducción de J. Reeder en la edición del «*Discurso sobre el Fomento a la Industria popular*», realizado en Madrid, 1975, donde señala como todas las obras de estos economistas figuraban en su biblioteca (p. 36, nota 70-73), siendo destacable el manuscrito concebido por Jovellanos en 1781 (p. 76).

²⁸ H. Capel: «*Geografía y Matemáticas...*», p.p. 153-195. El dato específico de su aprendizaje es «*L'école des quatres nations*» no aparece en Capel y sí en la Enciclopedia España. Vayssiere en su trabajo «*Des cartes en Espagne*» en el catálogo de la exposición «*CARTES ET FIGURES DE LA TORRE*», París, 1980, p.p. 167-177, remite al artículo publicado en 1898 en el *Bolletín Hispánico*, p. 49, en el que existen —dice— importantes datos sobre el geógrafo. Quiero aquí agradecer a mi buen amigo Vayssiere el haberme facilitado un ejemplar de su tesis doctoral, realizada en L'Ecole de Hautes Etude en Science sociales en París sobre la requisitoria de Tomás López y el estudio de los dibujos existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid, sección de manuscritos.

²⁹ B. Vayssiere «*Des cartes en Espagne...*», op. cit., p. 168.

³⁰ Ibid, p. 170; ver, además, H. Capel, op. cit., donde cita el trabajo de Jovellanos (como miembro del Consejo de Ordenes Militares) al dirigir —desde 1786— la formación y edición de la geografía y atlas histórico sobre las órdenes militares

(Jovellanos «*Sobre la publicación de los mapas geográficos del territorio de las órdenes*», el «*Obra*», Vol. V, p.p. 138-145; Madrid, 1956).

³¹ G. Marcel publicó en «*La geographi Tomás López, de bibliographie et de cartographie*» e *Nevve Hispánique*, Vol. 16, 1907, p.p. 137-143, la carta, el cuestionario de López, así como alguna respuesta. Capel (ibid., p. 169, n.º 10) cita, además, los trabajos de Castañeda sobre Valencia. Recientemente se han editado dos importantes textos, uno sobre Almería y el otro sobre Ciudad Real. El primero ha sido publicado por J. L. Ruz Márquez «*Almería y sus pueblos a mediados del siglo XVIII*», Toledo, 1981, en el que da las respuesta del catastro de Ensenada junto con los dibujos de las poblaciones. El segundo, obra del colectivo Grupo Al-Balatitha, «*Los pueblos de la provincia de Ciudad Real a través de las descripciones del Cardenal Lorenzana*», Toledo, 1985, ofrece únicamente algunos dibujos (Alcázar de San Juan, Alcoba, Argamasilla de Alba, Argamasilla de Calatrava, Horcajo de los Montes, Porzuna...), así como el interrogatorio al que debían contestar los Vicarios Eclesiásticos y Curas Párrocos (en nota 1, p. 8, estudia los distintos trabajos sobre las descripciones de Ciudad Real).

³² Anónimo: «*Estudio Político, Histórico y Moral del Reino de España*», 1765. Publicado por J. García Mercadal, «*Viajes de Extranjeros por España y Portugal*», Madrid, 1962, t. III, p. 519.

³³ Ver nota 31.

³⁴ Sobre su relación con los problemas del territorio, ver Laura Rodríguez: «*Reforma e Ilustración en la España del siglo XVIII: Pedro R. Campomanes*». Madrid, 1975; p.p. 179-185. Ver igualmente, M. Avilés: «*Epistolario de Pedro Rodríguez de Campomanes*» 1747-1777. Madrid, 1983,

p. 83. Carta de Nicado Wall a Campomanes concediendo Privilegio Real para imprimir la obra. Sobre el tema de los caminos y Campomanes ver los catálogos ya citados de «Obras Públicas», p.p. 48-61 (nota) y «La Administración en la época de Carlos III», p.p. 65-72. Sobre el tema de los caminos, consultar F. Quirón Linares «Fuentes para la geografía de la circulación en España: algunos libros sobre

los caminos españoles de los siglos XVIII y XIX», en ESTUDIOS GEOGRÁFICOS, n.º 123, 1971, p.p. 353-373.

Igualmente, ver J. Muñoz Jiménez «Un importante conjunto documental sobre la geografía de la circulación en España a finales del siglo XVIII; el interrogatorio de Juan Fermín de» en ESTUDIOS GEOGRÁFICOS, n.º 127, 1972, p.p. 355-363.

³⁵ Ver nota 21.

³⁶ F. Estape: *op. cit.*, p. 56.

³⁷ *Ibid.*, p. 57.

³⁸ *Ibid.*, p. 65.

³⁹ J. L. Pensado: «Fray Matías Sarmiento, testigo de un siglo», Salamanca, 1972, en la p. 37, nota 57, señala su intención de elaborar un «Plano... para formar una generación de descripción geográfica de España» y sitúa el manuscrito en la Colección Dávila, IX, 1. (20.383).